XII

La deposición en el Sepulcro.

Terminado este sermón, la procesión avanza hacia la rotonda, iluminada con profusión tal, que parece ser de fuego. Después de haber dado la vuelta, se depositó en el verdadero Sepulcro el cuerpo muerto de Jesús, poniendo fin á estos sublimes funerales, á eso de las once, el último discurso en lengua española.

Tal es, en compendio, la imponente escena que nuestros religiosos renuevan cada año en tal noche. No hay espectador alguno que no se conmueva al contemplarla. Muchos disidentes, dice el P. Bassi, sean de Europa ó de Levante, se convierten en esta circunstancia al catolicismo, y hacen casi excusable la rabia del protestantismo contra las ceremonias de la Iglesia romana; porque, á la verdad, las áridas doctrinas de la Reforma no pueden soportar el brillo extraordinario de nuestro culto, tan patético como magnífico (1).

(1) Bassi, *Pellegrinaggio storico e descrittivo di Terra Santa.*

CAPÍTULO XVII

EL SÁBADO SANTO.—EL TEMPLO.—EL DÍA DE PASCUA

I

El oficio de los católicos.—El fuego sagrado de los griegos.

No hay en la historia del mundo una serie de días más tristes que aquellos durante los cuales permaneció Cristo en el Sepulcro. El universo moral está como en suspenso, y la verdad espera para levantarse el supremo testimonio de un Dios. Pero se rompe la piedra del Sepulcro, sale Cristo vencedor de la muerte, y la tierra, que está de luto, eleva al cielo un himno de alegría y resuena el sublime *alleluia* alrededor del recinto sagrado.

El oficio de este día se celebra con solemnidad, diferenciándose poco, no obstante, de lo que se practica en nuestras iglesias de Occidente. Lo que es para nosotros un objeto de admiración siempre nuevo, es la piedad de nuestros religiosos. A pesar de su fatiga de día y de noche, guardan siempre la misma gravedad imponente, la misma actitud devota y recogida. Son verdaderamente la edificación de los peregrinos, tan escandalizados del aire profano y de la disipación de los cismáticos.

Es una ley para el viajero el verlo y examinarlo todo. Se nos había hablado tanto del *fuego sagrado* de los griegos, de la sacrílega comedia representada por sus mismos sacerdotes, de los clamores escandalosos del pueblo, de las danzas, de las rondas, de la embriaguez ó locura universal que se apodera de todos ellos cuando el supuesto *fuego sagrado* comienza á brillar

alrededor de la Sagrada Tumba, que determinamos presenciar tan ridícula parodia, que tiene lugar á las tres de la tarde; cuando he aquí que Fr. Liévin nos propuso el que nos asociásemos á la caravana francesa que él iba á conducir á la mezquita de Omar, y por ser tan incitadora la proposición no pudimos resistirnos á aceptarla.

II

El Moria.—La columnata.—El altar de los holocaustos.

Diez puertas dan acceso al *Haram ech-Cherif*. Nosotros entramos por la denominada Bab-El-Kalamine, que está en la dirección del palacio del bajá, y nos encontramos bien pronto en la cima del Moria, la *Montaña del Eterno*, que permanece aún en nuestros días en el estado mismo en que la puso Salomón cuando la allanó para elevar sobre ella la morada de Jehová. El sentimiento de la grandeza y de lo infinito de que se siente uno poseído en San Pedro de Roma, es aquí mucho más vivo é intenso. Ningún ruido, ningún movimiento turba la soledad de la sagrada planicie. Todo invita á la meditación y al recuerdo de lo pasado. Se reconstituyen allí mentalmente y sin dificultad las antiguas galerías, los vestíbulos, los tres recintos sucesivos que hacían del templo augusto una ciudad aparte en la ciudad escogida.

Antes de entrar en el interior, nos hizo notar Fr. Liévin un pequeño monumento sostenido por diez y siete columnas de distintos estilos, con un hermoso pavimento en mármol de diversos colores. Allí estaba el altar de los Holocaustos en donde corría mañana y tarde la sangre de los animales, y sobre el cual debían conservar los sacerdotes el fuego perpetuo.

III

La roca.—Los arabescos.—Los cristales.

Después, quitado nuestro calzado y puestas las babuchas preparadas á este efecto, penetramos en el *Sakhra*, el Santo de los

Santos. Es de todo punto imposible explicar nuestras profundas impresiones en medio del desvanecimiento que se apodera de nosotros. Todos los sentimientos se mezclan, la curiosidad, la admiración, el respeto... El respeto, sí, porque este lugar es augusto... Aquí manifestó Dios su gloria; aquí estaba el Arca de la Alianza, el candelero de siete brazos, la mesa de los panes de la proposición y el altar de los perfumes, de madera de cedro revestida de oro.

En el centro del edificio, bajo la inmensa cúpula sobrecargada de oro y de mosaicos, se eleva un poco sobre el nivel del suelo un enorme peñasco de dos metros de longitud por siete ú ocho de anchura. Es la famosa roca en donde Abraham colocó la leña sobre la que debía inmolar á su hijo Isaac; en la que David ofreció un sacrificio en acción de gracias por haber cesado la peste que asolaba á su pueblo, y en donde fué colocada el Arca Santa cuando Salomón construyó el templo. Permanece allí en su estado primitivo, sin revestimiento alguno. Se la puede contemplar á satisfacción; solamente para impedir á los profanos el tocarla se la ha rodeado de un enrejado de madera artísticamente pintado y dorado.

La mezquita de Omar es encantadora, y pasa con justo título por una obra maestra del arte árabe. Consta de tres recintos octagonales concéntricos, cuyas arqueadas bóvedas y cúpula están sostenidas por macizos pilares y columnas monolíticas del más bello efecto. Los muros están revestidos, hasta tres metros de altura, de preciosos mármoles y de azulejos los más variados. El resto de la decoración se compone de versículos del Corán, grabados en letras de oro, ostentándose en caprichosos arabescos que corren por entre centellantes pinturas y van á juntarse á la cúpula á inmensas gavillas de espigas, de flores y de viñas cargadas de racimos.

Toda esta polícroma ornamentación está inundada de esa luz llena de sombra y misterio de las vidrieras, cuyo efecto es verdaderamente mágico. Estos vidrios no se asemejan en manera alguna á los nuestros. No se trata de pintura, sino de fragmentos de cristales multicolores yuxtapuestos y acomodados, reunidos, y en alguna suerte fundidos en una armonía de tonos que las vidrieras más finas de nuestras basílicas están muy lejos de alcanzar.

Existen en los diversos departamentos de la mezquita varios lugares venerados, acompañados de leyendas que Fr. Liévin refería con mucho énfasis y una punta de malicia que á nadie se ocultaba. Esta es *la impronta de la mano del Arcángel San Gabriel; esta otra la de un pié de Mahoma; ahí están dos pelos de la barba del Profeta* encerrados en ese estuche de plata; aquí el *Pozo de las almas*, en donde se reunen las de los verdaderos creyentes para adorar á Dios; allí la placa de jaspe, en la que el jefe del islamismo fijó los clavos de oro destinados á señalar el tiempo que debía durar el mundo; más allá dos pájaros petrificados por haber rehusado obedecer á Salomón; en el otro lado la balanza del juicio final, en la que serán pesados los méritos y pecados de cada uno, etc., etc., y así nos fué enseñando otras y otras cosas, y relatando las consejas á ellas correspondientes, que aquellos desgraciados creen como otros tantos artículos de fe. Continuando nuestra visita, no pudimos menos de admirar unas pequeñas construcciones que son obras maestras de arquitectura. Se ven, en efecto, elegantes arcos sosteniendo cúpulas en miniatura, galerías ojivales, fuentes, casitas funerarias, *wélys*, capillas consagradas á algún santón, pabellones sostenidos por elegantes columnitas... hasta que llegamos, finalmente, á *El Aksa*, dependencia de la mezquita de Omar.

IV

La Basílica Justiniana.—La cuna de Jesús.—El anciano Simeón.

Es una Basílica romana que no tiene necesidad sino de altar y sacerdote para volver á ser cristiana. Y digo volver á ser, porque es obra del emperador Justiniano, el cual quiso perpetuar con ella, en las futuras edades, el sitio del templo en que María había sido presentada al Señor, y en donde había pasado su juventud en la oración y meditación de los libros santos, cuyos más ocultos misterios y sentidos le eran sobrenaturalmente conocidos.

Por otro punto de la explanada bajamos á una pequeña mezquita llamada *Sayedna Ayssa*, en donde se nos mostró la

Cuna de Jesucristo. Es un nicho de piedra del país en forma de concha por su parte superior, colocado horizontalmente bajo un dosel sostenido por cuatro columnitas de mármol blanco.

«Después que se cumplieron los días de la purificación de María según la ley de Moisés, llevaron el niño á Jerusalén para presentarlo al Señor y ofrecer por él un par de tórtolas ó dos palominos. Había á la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y éste hombre justo y temeroso de Dios esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él, quien le había revelado que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Movido interiormente por el Espíritu Santo se fué al templo; y cuando llevaron allí á Jesús sus padres para cumplir con lo que ordenaba la ley, él lo tomó en sus brazos y bendiciendo al Señor, exclamó: Ahora, Señor, despides á tu siervo en paz según tu palabra, porque han visto mis ojos al Salvador que tú has preparado ante la faz de todos los pueblos, lumbre para ser revelada á los gentiles y para gloria de Israel tu pueblo.» Tal es la narración del Evangelio.

Añade la tradición que tenía el santo anciano su morada en el ángulo S. del atrio del templo; y que habiendo invitado á la Sagrada Familia á que fuese á pasar algunos días en su casa, descansó durante ellos el Divino Infante en esta cuna de piedra, que es para los mismos musulmanes objeto de gran veneración. ¿Se puede creer esta leyenda? preguntó uno de los peregrinos de la caravana á Fr. Liévin. «No me atreveré á afirmarlo, respondió, pero lo que me complazco en hacer constar, es que muchos hechos evangélicos han quedado profundamente grabados en la memoria del pueblo » Y añadió: «Esto nos prueba evidentemente la acción poderosa y bienhechora que la persona de Jesús ejerció en el mundo, aun considerándola sólo en cuanto á su humanidad.»

V

Los subterráneos.—Los genios.

Saliendo de Sayedna-Ayssa, visitamos á continuación un inmenso subterráneo, cuyas bóvedas, sostenidas por verdade-

ros bosques de pilares que semejan torres, cobijan el sistema más complicado de construcciones subterráneas, de galerías, de cisternas y de albañales que se puede imaginar. ¿Es todo esto obra de Salomón ó de Herodes?... Sea cual fuere la respuesta definitiva de la ciencia, es lo cierto que jamás librará al viajero de la influencia misteriosa que ejerce sobre él aquel maravilloso palacio que la imaginación oriental se complace en poblar de genios (1).

VI

La Resurrección.—La Misa Pontifical.—Los cuatro Evangelios. El Cordero Pascual.

El horizonte se despeja é ilumina; rayos precursores anuncian el radiante sol de la Resurrección... ¡Pascuas, Pascuas! Este nombre vuela de boca en boca con el alegre sonido de las campanas que conmueve el aire. Jerusalén ha sacudido el grisado sudario que la envolvía; sus habitantes se han vestido los bellos trajes de fiesta, y sus calles, de ordinario tan silenciosas, son ruidosas y animadas. Corrimos desde la aurora al Sepulcro con María Magdalena y las otras santas mujeres, y lo encontramos ya todo resplandeciente de luces, adornado de flores y rodeado de una multitud inmensa de indígenas y extranjeros. Encima brillaban, como otras tantas estrellas, las palabras del Mensajero celestial:

Surrexit, non est hic!

¡Ha resucitado, no está aquí! ¿Se ha puesto tal epitafio sobre la tumba de hombre alguno? Figúrese el efecto de estas

(1) Inútil es decir que no hemos pretendido hacer la descripción de *Haram-Ech-Cheryf*, ya por ser cosa fuera de nuestro intento, ya también por no creernos suficientemente competentes para llevarla á cabo. No hemos hecho, pues, otra cosa en las líneas que sobre ella hemos escrito, que indicar algunas impresiones personales. A aquellos de nuestros lectores que quieran hacer un estudio serio sobre esta parte tan interesante de Jerusalén, los remitimos á la *Guide* de Fr. Liévin y á la sabia obra de Mons. Vogüé intitulada *Le Temple*.

palabras leídas en Jerusalén en tal día! ¡Oh! ¡Verdaderamente es éste el Sepulcro glorioso de que nos habla Isaías, glorificado por los ángeles, ensalzado por la veneración de los siglos y honrado por esa armada de peregrinos que vienen de todos los confines del orbe con el único fin de prosternarse reverentes ante esta tumba augusta, y sentirse con su contacto embriagados en la esperanza de la gloria inmortal! Entramos en el sagrado recinto con más emoción que de costumbre. Abrazamos la piedra de la Resurrección, separada por el ángel en este gran día de la victoria sobre la muerte, y pegamos nuestros labios en el sitio en que había reposado el cuerpo del Salvador. Hubiéramos querido quedar allí, y vivir y morir allí, para resucitar también allí con nuestro Divino Salvador.

La Misa pontifical celebrada por Mons. el Patriarca, fué seguida de una procesión triunfal alrededor de la Sagrada Tumba, asistiendo á ella todo el clero de la ciudad, el cónsul de Francia, la población latina y la multitud de los peregrinos extranjeros. Esta era imponente; pero lo que más nos enterneció fué la lectura sucesiva de los cuatro Evangelios del día de Pascua: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, viniendo sucesivamente á atestiguar la Resurrección de su Maestro sobre su Sepulcro vacío. Este espectáculo único puso el sello á nuestra fe y el coronamiento á las ceremonias de la Semana Mayor.

Satisfecha la piedad, cada familia se agrupa alrededor de una mesa, en donde aparece rodeado de flores y verdor el cordero pascual, comprado con la debida anticipación para este fin y alimentado con gran cuidado. Se bebe, se come, se regocija honestamente, y terminado el festín se lanzan los peregrinos por la vía de Emaús en seguimiento de los Franciscanos, que nunca han dejado de seguir en este día las huellas de los dichosos Discípulos que en la tarde del gran día de Pascua caminaron con el Salvador y le recibieron en su casa.

En otro tiempo acampaban en pleno desierto en medio de ruinas; hoy gracias á la liberalidad de la marquesa de Nicolay, tienen un techo para abrigarse y un santuario para celebrar los Santos Misterios.